

# Mundos mínimos

El microrrelato en  
la literatura espa-  
ñola contemporánea

-----

Edición de Teresa Gómez Trueba

-----

Cátedra Miguel Delibes  
Libros del Peixe

## 6 MICRORRELATOS

Roberto Lumbreras

[www.robetolumbreras.com](http://www.robetolumbreras.com)

Coeditado en antología por Cátedra Miguel Delibes y Libros del Pexe.

Título: *Mundos mínimos. El microrrelato en la literatura española contemporánea.*

Autor: Varios Autores.

Páginas: 247

ISBN: 978-84-96117-78-5

De la presente muestra: © Roberto Lumbreras

## EL DOBLE

Dime si no es para acojonarse, Pepe. Tú vas un domingo paseando tranquilamente por la calle, y te encuentras con un tipo que es exactamente igual a ti. Porque, uno lleva cuarenta años mirándose en el espejo todas las mañanas, y te digo que como si me estuviera viendo en el espejo. No sé si te sitúas. Y el tipo ese me vio a mí también. Te puedes imaginar la cara que puso. Más o menos la que debí de poner yo. Y no es para menos, vamos. Figúrate. Llevo una semana sin pegar ojo. Porque, verás, que ahí no acaba la cosa. Al tipo ese le he vuelto a ver un par de veces, y el cacho desgraciado se ríe. Pero no “ja, ja, ja”; no. El tipo te echa una sonrisa retorcida, como de estar tramando algo, que te hiela la sangre. Porque la verdad es que tiene mala pinta. El tío tiene mala pinta. Conque se lo cuento a Ramos, ya sabes tú cómo es Ramos, y me dice que oído al parche, que ese tipo me puede meter en problemas: que ahora mismo le da por robar un banco, o se cepilla a un tío, y se me cae el pelo a mí. Qué te parece. A mí. Sin comerlo ni beberlo. Y le digo a Ramos que qué me aconseja, y me dice que está difícil, que como no me adelante yo y le haga la putada a él... Qué te parece. Así que estoy que no vivo, chico. Llevo dándole vueltas a la chocolatera desde el otro día, y no sé cómo va a acabar esto. ¡Y es que no quiero hacer un disparate!

## LA AMBULANCIA NÚMERO 5

La ambulancia número 5 corría a una velocidad inusitada, incluso para una ambulancia; se diría que más que correr iba en volandas con su hélice de luz; se diría que el piloto de la ambulancia era un piloto de pruebas de ambulancias, que quería batir el record de velocidad punta de ambulancias.

Como había pocos transeúntes por la final de fútbol, la ambulancia número 5 invadía calles peatonales y sorteaba las fuentes, las estatuas, los bancos y kioscos.

Como era la final de fútbol, el conductor de la ambulancia número 5 bajó el volumen de la sirena y puso la radio para oír el partido. Y en una jugada de peligro, la ambulancia número 5 atropelló a una pareja de turistas. La ambulancia número 5 recogió a los atropellados y aumentó la velocidad para recuperar el tiempo perdido, practicando atajos temerarios.

En el recorrido angustioso hasta el hospital, la ambulancia atropelló y evacuó un total de nueve peatones. La ambulancia número 5 parecía un autobús recorriendo su itinerario urbano, en una película a cámara rápida. Pero en ningún momento el conductor apagó la radio, porque el frenesí del locutor deportivo le servía al conductor para avivar la marcha de la ambulancia.

Al fin, la ambulancia número 5 llegó al hospital, tragándose la barrera del control. Los atropellados presentaban síntomas de asfixia, pero todos se salvaron gracias a la rapidez con que fueron transportados, con riesgo de la vida del conductor de la ambulancia. Esto sirvió como agravante y a la vez atenuante en el juicio al conductor. También contribuyó a salvarlo de la cárcel la declaración de una anciana que salía de misa cuando fue atropellada:

“Doy gracias a Dios: si no me hubiese atropellado una ambulancia, ahora no lo estaría contando”.

## “APPASSIONATA”

(Títulos opcionales:  
**Verónica & Beethoven.**  
**Verónica *après* Beethoven.**  
**Verónica por Beethoven.**  
**Verónica-Beethoven.**  
**Beerónica-Vetoven.)**

Cuando te veo estudiar una partitura como la que te ocupa ahora, que te sustrae del mundo, que te lleva hasta el alma mismo del genio de Beethoven, donde quiera que esté, y te veo tan sorda, tan evadida como él, tan lejos de mí como cerca de él, confieso que siento unos celos terribles. “Después de todo -me digo- no es un romance, todo lo más un fugaz coqueteo entre dos mentes. Después de todo, Beethoven era un genio y yo soy un mediocre. Después de todo, él *era* y yo *soy*.”

Él *era*, y yo *soy*. Es mezquino saber que esta diferencia es la que me salva. Porque sé, no me cabe duda cuando te miro perdida en esa partitura, de que si Beethoven, el desgarrado, bajo, feo, colérico y además sordo Ludwig van Beethoven estuviese vivo aquí mismo delante de nosotros, sería yo el que no existiría, sería yo el que no contaría nada para ti.

Pero de pronto surge la música, esa música enérgica y a la vez delicada, de su misma alma a través de tu alma, de sus mismos dedos a través de tus dedos, Beerónica-Vetoven... Entonces tú lloras, yo lloro, como aquel genio de gesto adusto lloraba, y de pronto los celos desaparecen, y me arrepiento de ello, pues me parecen absurdos, como sería absurdo tener celos del amor a Dios... Un dios... O al menos un enviado de Dios; un escriba de Dios que anotase a su dictado, un ser dotado de un oído finísimo para oír lo que a los demás mortales nos está negado oír: “Bienaventurados los músicos sordos porque ellos oirán a Dios”.

## LA ASCENSORISTA DE NOCHE

La ascensorista de noche trabajaba en un famoso hotel de Nueva York, era eficiente, guapa, y su uniforme le sentaba muy bien y la hacía aún más guapa. Antes de ser ascensorista de noche había sido ascensorista de día en una gran firma de seguros, pero el jefe estaba encaprichado de ella y quería que la ascensorista trabajase por el día y también por la noche en un apartamento prestado.

A la ascensorista de noche le aseguró un adivino que encontraría al hombre de su vida en el mismo ascensor, y un matemático le calculó las altas probabilidades de que hallara su gran amor, no en Central Park, sino en la exigua extensión de su puesto de trabajo. Desde entonces la ascensorista confundía el trabajo con el placer, y veía por el rabillo del ojo cómo la observan los viajeros de tan corto viaje.

Daba tan buena imagen la ascensorista de noche que su foto apareció en la publicidad del hotel, y en un artículo titulado *La Tentación sube y baja*. Tuvo tal repercusión que se incrementó notablemente el número de clientes masculinos, y hasta los varones neoyorkinos querían de pronto no ser neoyorkinos para poder alojarse en el ascensor de aquel hotel.

A pesar del trasiego, la ascensorista no quiso cambiar de trabajo ni de turno, porque un conductor de taxis insomne le reveló que la noche era más propicia para el amor. Pero en el corto trayecto de su ascensor, la ascensorista de noche no podía mantener un diálogo, cuanto menos iniciar una relación. Por eso la ascensorista se cambió a un hotel-rascacielos de 108 pisos de altura. En el nuevo ascensor gigante, la ascensorista de noche leía *comics* de Superman y relatos de Paul Auster, y cuando se abría la puerta siempre la sorprendían con ojos soñadores y una media sonrisa de ilusión que la hacían aún más atractiva e interesante.

En el nuevo edificio había muchos más pisos y el trayecto era mucho más largo, pero había muchos más hombres. “¡Aquí no hay intimidad!”, protestó una vez en presencia de un magnate del petróleo, y el magnate le ofreció ser la ascensorista número 15 de su harén. El magnate le aclaró que en su ascensor sólo iba un hombre, Él, y que el ascensor tenía 15 departamentos con celosías para las 15 ascensoristas. A la ascensorista le dio un ataque de risa por aquella proposición y tuvo que ocultarse la boca con un libro de Susan Sontag.

Desde entonces, la ascensorista de noche no dormía bien por el día, tenía continuas pesadillas y hasta tuvo que acudir al psicoanalista. La causa que no le dejaba dormir era la fobia a quedarse encerrada en el ascensor con un hombre no deseado. El psicoanalista le confirmó que era una fobia con cierto fundamento, pues había tres clases de hombres: los tímidos, los románticos y los rapidillos; pero todos tenían la misma fantasía de quedarse toda la noche encerrados en el ascensor con una monada de ascensorista de noche.

Debido a su fobia, la ascensorista hacía revisar al más mínimo ruido el ascensor. Pese a ello, su destino estaba marcado, como le habían dicho el adivino, el matemático y el taxista. Y así sucedió. Un noche el hotel fue blanco de una bomba terrorista, y el ascensor se quedó atrapado en el piso 69. ¡Menos mal que acababa de dejar al último cliente, porque la ascensorista era muy supersticiosa con los números “cabalgúísticos”! ¡Y menos mal que los bomberos acudieron pronto, y que uno de ellos llevaba una botella de oxígeno, y abrió la puerta del ascensor como si se tratase de una lata de sardinas! El bombero, fuerte e inteligente, tenía el cuerpo de King Kong y la cara de Wody Allen, y nada más verlo la ascensorista sintió el flechazo: ¡era su hombre! El bombero la reanimó, la sacó en brazos del rascacielos y, sin dejar

de reír, fueron los dos paseando por la Quinta Avenida, y les amaneció desayunando ante Tiffany's.

Y... (coda del *The End*)... La ascensorista de noche y su bombero vivieron juntos, se casaron, se divorciaron, se volvieron a casar, fueron razonablemente felices en la Ciudad de los Ascensores, y hacían tan buena pareja neoyorquina que fueron elegidos “pareja neoyorquina del año”.

## EL VIOLADOR CONDENADO A LA JAULA DE LOS GORILAS SODOMITAS<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> N. del A.- Este microrrelato me ha causado numerosos conflictos personales, ideológicos y académicos. Empezando con la casa editora. El “editor” despidió al corrector de pruebas por haber dejado pasar esta página con título y sin texto (¡!). Yo tuve que comparecer ante el Juzgado de lo Social para declarar, a favor del despedido, que efectivamente no hay texto, quiero decir texto extrapolado del título, porque en realidad es un título-texto, un texto amalgamado con el título, un relato implícito en el texto, o título hiper-explícito, tanto que irrumpe en el terreno del texto, etcétera. El juez, que se perdió en lo que él llamó “divagaciones mías”, dio la razón al editor. Sobre este sujeto, sólo diré que no era un profesional, sino un falso editor que utilizaba el negocio del libro para blanquear dinero, como demostró no mucho después un inspector de Hacienda (gracias a la denuncia del corrector de pruebas).

En otra ocasión, y aunque suene a chufla, me han atacado en la prensa con una “carta abierta” de la Asociación Protectora de los Gorilas (el sobrenombre no lo recuerdo: era el de una famosa etóloga). Esta asociación me acusaba propiciar la “taurización” de los gorilas, es decir, promover su utilización espectacular con grave alteración de su vida y comportamiento sexual, induciéndoles al “humanismo”, término acuñado con dudosa gracia por la presidenta de la asociación para establecer un correlato con nuestro denostado “bestialismo”.

Finalmente, ya en el campo académico, un grupo de estudiosos alemanes muy bien “liderados” y “cohesionados”, que llamaré la “Escuela Alemana” me ha tomado por cabeza de turco y recurren a este microrrelato en cuanto congreso sobre el tema participan, para ilustrar el paradigma del “pseudo-microrrelato”. Afortunadamente, voces disonantes de la que llamo la “Escuela Francesa” ha concedido a mi MICRORRELATO, con una bella metáfora, la condición, sino de un título-texto, sí de un “título-diapasón”, que iniciaría con una nota la melodía que el propio lector debería componer. La “Escuela Alemana” enseguida tuvo un sarcasmo con que apostillar contra la tesis de la “Escuela Francesa”: que, en ese supuesto, el mérito no sería mío sino del lector, y que habría que imprimir tantos textos como lectores debajo de aquel “título”. Consciente de que la polémica estaba tomando tintes xenófobos, hube de implicarme y tomar expresamente partido por la tesis de la “Escuela Francesa”. Y me alegra haber descubierto, a través de la tesis de esta Escuela, la virtud que ha hecho de mi microrrelato un texto tan popular, difundido, incluso imitado: este microrrelato empatiza con el lector, le permite la catarsis de descargar mentalmente su ira contra los violadores y regodearse en una pena con recurrencia y variaciones sin fin.



## RETRATO DE MUJER INSUPERABLE

El dibujante Kaspar-August Lenz fue un caso de vocación tardía y a la vez prematuramente truncada. El dibujante había realizado cientos de retratos del natural y, aunque los había idealizado, nunca acabó de convencerle ninguna de sus obras. Un día dibujaba sin mucha atención, pues estaba escuchando la voz de la soprano de Lisa Della Casa, y cuando miró lo que había dibujado automáticamente encontró una hermosísima mujer que lo dejó fascinado y poco después perdidamente enamorado.

Kaspar-August Lenz soñaba con esa mujer que había plasmado con una facilidad divina, con encontrar ese rostro, ese cuerpo, esas manos. El dibujante no volvió a trazar la imagen ninguna mujer, pues “su mujer” era insuperable. Convencido de que nadie sino Dios podía crear de la nada, y que por tanto existía esa mujer, incluso varias veces repetida, en su mismo mundo y en su mismo tiempo, vendió todo lo que tenía y se entregó a la búsqueda de la mujer para él más bella que la Venus de Boticelli. El dibujante se dirigió a todas las agencias de modelos, y también puso anuncios con su dibujo en los periódicos y revistas de todo el mundo, para dar con la mujer que correspondiese a ese retrato, fuese modelo o no. Ofreció recompensas, se inventó herencias sustanciosas en espera de la bella heredera, pero nadie pudo identificar a la mujer que correspondía exactamente con aquel retrato, y a las candidatas que aseguraban ser la mujer dibujada les faltaba siempre un algo.

La vida del dibujante Kaspar-August Lenz se consumió en la búsqueda de esa mujer. El dibujante no podía creer que, en la limitada combinatoria de rasgos humanos, no hubiese podido dar con la mujer que correspondía a su insuperable retrato. En el lecho de muerte, sólo el sacerdote logró reconfortarle prometiéndole que en la Vida Eterna la encontraría. Pero en el último momento de lucidez que disfrutó Kaspar-August Lenz, y que empleó para hacer examen de conciencia, vio la película de toda su vida, y a toda la pléyade de mujeres que había conocido. Y de pronto, al despedirse con un último vistazo a la mujer del retrato, Kaspar-August Lenz tuvo una revelación que pintó una mueca de amargura en su boca, justo antes de expirar: La mujer que había buscado en vano no se correspondía con ninguna concreta, sino que contenía rasgos de muchas mujeres que habían pasado por su vida, incluida la bella soprano Lisa Della Casa... ¡Y por quererlas a todas no había sido feliz con ninguna!